

*LA CONSTRUCCION IMAGINARIA Y EL ENCUENTRO DE LOS CUERPOS:  
LA MUJER ABORIGEN EN LA VISION DE LOS PRIMEROS CRONISTAS*

FATIMA PORTORREAL

La alegoría con que se inicia el proceso de encuentro y desencuentro en América esta plagado de un erotismo que trasciende la imaginación de cualquier historiador o historiadora que pretenda reinterpretar los hechos de la conquista a partir de una historia de las cotidianidades.

La historia de la conquista ha sido enfocada por los estudiosos del área como una mera narración de hechos y acciones en la que sus protagonistas son vistos dentro del marco de una estructura abstracta o como héroes mitificados, los cuales dejan de lado el transcurrir cotidiano que refleja las pasiones y el cuerpo como símbolo más concreto de la existencia. El análisis de la cotidianidad ha permitido resaltar la importancia que tiene la conceptualización del cuerpo, ya que éste tiene su historia, pues no sólo ha sido percibido e interpretado de manera diferente en distintas épocas y culturas, sino que también ha sido utilizado como medio de control.

En la conquista de América ha de tenerse en cuenta de manera fundamental la oposición de lo femenino y lo masculino, pues es el cuerpo de la mujer el primer territorio conquistado.

Los navegantes que atravesaron el Atlántico en su afanosa búsqueda de una nueva ruta comercial no dejaron tras de sí sus fantasías medievales y renacentistas. Trajeron consigo sus metáforas de dominación, las cuales fueron el modelo que les permitió el encuentro, pero cuyas motivaciones primarias se vieron traicionadas por la desnudez.

Lo que aconteció en América es más que una épica de caballeros elevados y excepcionales; fue una aventura de hombres en procura de unos cuerpos que exaltaban la frescura y la inocencia del paraíso perdido.

Muy bien lo relató Colón en su primer diario de navegación,

cuando señala en reiteradas ocasiones que esa gente era tan pobre que la encontró desnuda tal como su madre la parió. Según Colón:

“...ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de menos de XXX años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballos e cortos.” (1).

La impresión que recibieron aquellos varones europeos ante la desnudez e ingenuidad de los aborígenes provocó lo que todos conocemos como “un gigantesco proceso de inseminación”. (2).

Cuando Colón narra su primera incursión en las nuevas tierras, acentúa con marcada insistencia la desnudez femenina, tal como si quisiera ser lo suficientemente explícito para sus lectores renacentistas.

Lo que encontraron aquellos caballeros superaba la fantasía del Almirante, de manera que no había que usar la hipérbole; lo tenían todo para hacer suyas esas tierras y, por supuesto a las mujeres.

Se inició, entonces, sin grandes ejércitos ni batallas, “el mayor festín licencioso y prolongado de la historia” (3), la conquista y apropiación de los cuerpos femeninos, ya sea por medio de la violencia desmedida o por la pasión que despertaron las indígenas en el varón que había surcado los mares.

Según describe Las Casas, recibió a Colón una multitud de gente desnuda que se quedó atónita mirando a los cristianos, espantada de sus barbas, blancura y vestidos. De los nativos señala Colón que eran jóvenes y no pasaban de los 30 años. Todos tenían cuerpos hermosos, cabellos gruesos y negros y eran de color oscuro como el de los canarios, y por igual, describe que no vio ninguna mujer adulta, sino una jovencuela.

En la mitología precolombina azteca, las muchachas púberes tienen un carácter mágico. Participan de muchas fiestas religiosas, en las cuales actúan como danzantes personificando la diosa de la fertilidad y el maíz.

Por igual, esta cualidad de la pubertad, de ser una fuerza protectora y benéfica, aparece en distintas culturas de la región amazónica, lo que no permite especular que quizás en aquel primer encuentro los indígenas recurrieron a aquella jovencuela para utilizarla mágicamente con la finalidad de evocar las fuerzas protectoras del bien.

Es interesante señalar que en las distintas descripciones que hacen

los cronistas cuando se da el primer contacto con los europeos, los indígenas se esconden o se muestran reacios a presentar a sus mujeres. Esta actitud probablemente se debió a que creían que esos viajeros eran espíritus poderosos capaz de fecundar sus hembras, lo cual sólo fue posible más tarde, pero gracias a su maratónica virilidad.

Tiempo después, Colón toma seis mujeres entre chicas y grandes junto a tres niños, y para ello utiliza la excusa de que quería aprender su lengua y necesitaba tener un mecanismo mediante el cual pudiese presionar a los indígenas y negociar con ellos el oro.

Esta acción de Colón y los suyos no fue más que un ardid para ocultar la verdadera intención de la captura de los indios. Esta fue probablemente la primera apropiación femenina con fines eróticos, por lo cual también se convirtió en el primer botín intercambiable por oro.

En consecuencia, el cuerpo femenino se constituyó "en la metáfora inicial de la penetración violenta de la conquista del otro". (4). Dada su vulnerabilidad genérica, las aborígenes se convirtieron en las primeras en ser tomadas como trofeo e intercambiadas por sus propias familias para engendrar en sus vientres la negación de su propia cultura.

El cuerpo pasó a ser vínculo y encuentro entre culturas, porque fue el espacio de valoración cuando el oro sólo existía en la imaginación de los primeros navegantes.

La mayoría de las descripciones realizadas por los cronistas, a excepción de Las Casas, presenta a las mujeres indígenas con las siguientes características: voluptuosas insaciables, de cuerpos seductores, que responden a las categorías más bajas de las peores ramerías españolas. En cuanto a su configuración física, dicen de ella que eran mujeres de cuerpos hermosos, las cuales tenían una cabellera negra que posiblemente les recordaba las clásicas imágenes de mujeres medievales desnudas condenadas a las llamas del fuego eterno.

Los primeros navegantes tenían la creencia de que existía en estas tierras el reino de las Amazonas, mujeres sin hombres que usaban arcos y flechas y que sólo se apareaban en determinadas épocas del año con las tribus vecinas, para quedar preñadas de tales uniones y, de los hijos nacidos, preservar con ellas sólo las niñas y devolver los varones a sus padres.

Esta interpretación fue asumida por Colón cuando escuchó por boca de los indios que existía una isla llamada Matinínó, donde vivían

mujeres sin hombres, las cuales también se apareaban en determinadas ocasiones y épocas. Sin darse cuenta, los varones españoles confrontaron dos mitos similares en su forma y contenido para dar paso a la confusión más desbordada y apasionada de las crónicas colombinas.

El erotismo y la osadía que surgieron a partir de tales construcciones volcaron el torrente de virilidad de aquellos varones aventureros para trasplantar la semilla de la ilegitimidad a los cuerpos femeninos que sucumbieron a sus fantasías.

Los varones españoles no imaginaban nada nuevo. Trajeron consigo sus leyendas cotidianas y en sus escritos y acciones extrapolaron las ficciones más populares y absurdas que narraban las novelas de caballerías que circulaban en su época.

Su ética se definía “en la ideología caballeresca y el espíritu de la cruzadas, el cual solía enmascarar una codicia superlativa y una lujuria descontrolada” (5). Su malicia y aventura canallescas les hicieron olvidar con frecuencia a las mujeres e hijos blancos que dejaron en sus tierras.

Las indígenas se enfrentaron entonces a un aventurero de espada y mastines, el cual fantaseaba con grandes señoríos y fortunas y con una vuelta a su lejana tierra. Se convirtieron en concubinas, amantes y sirvientas que podían ser reemplazadas por cualquier prostituta blanca, pues como compañeras sexuales eran intrascendentes para el amo blanco.

Ahora bien, a pesar de dicha situación, muchas indígenas abandonaron a sus antiguos maridos para convertirse en amantes de tan disolutos compañeros. El varón indígena quedó abandonado y solo, perdiendo los vínculos que lo unían a sus instituciones e incluso a sus propias mujeres.

Los cronistas explicaron la situación alegando incapacidad sexual, carencia de deseo e, incluso, falta de imaginación en esos menesteres. La derrota de los indios fue evidente y la soledad los condujo a suicidios masivos o a la muerte lenta debido a la expropiación de sus fuerzas por medio del trabajo servil.

La hembra indígena no tuvo otro recurso que su entrega. El mundo patriarcal en que había vivido siempre le facilitó la disposición, la mentalidad y la capacidad de servidumbre que se requirieron en el proceso de la conquista y su cuerpo se convirtió en el único medio que tenía para valorarse.

## NOTAS

1.- Consuelo Varela: *Cristóbal Colón: Textos y documentos completos*. Alianza Editorial, Madrid, 1984, pág. 30.

2.- García Mera, Emilio: *Pícaras Indias: historia de Amor y Erotismo de la Conquista*. Editorial Nuer, Madrid, 1992, pág. 10.

3.-Herren, Ricardo: *La Conquista Erótica de las Indias*. Editorial Planeta, Argentina, 1992, pág. 13.

4.- Montecino, Sonia: *La conquista de las mujeres: Las cautivas simbólicas de lo femenino en América Latina*. Pág. 3, (mimeografiado). Ponencia presentada en el evento "500 años de Patriarcado en el nuevo mundo", 13/11/92, Santo Domingo, República Dominicana.

## BIBLIOGRAFIA

García Mera, Emilio: *Pícaras Indias: historia de amor y erotismo en la Conquista*. Editorial Nuer, Madrid, 1992.

Herren, Ricardo: *La conquista erótica de las Indias*. Editorial Planeta, Argentina, 1992.

Montecino, Sonia: *La Conquista de las Mujeres: Las Cautivas simbólicas de lo femenino en América Latina*. (mimeografiado). Ponencia presentada en el evento "500 años de Patriarcado en el Nuevo Mundo", el 13/11/92, en Santo Domingo, República Dominicana.

Varela, Consuelo: *Cristóbal Colón: textos y documentos completos*. Alianza Editorial, Madrid, 1984.